

conceptos se desprendieron poéticas y programas artístico-políticos diversos y a veces contrapuestos. Me propongo rastrear los contrastantes modos en que a lo largo de esa época vertiginosa se apuesta por involucrar el arte con el imaginario de cambio social: como motor e impulsor, como ejército subordinado, como mundo ajeno. Las metáforas no pueden ser más disímiles, y sin embargo se superponen y se confunden en los mismos sujetos con un ritmo vertiginoso.

Es evidente que la idea de “revolución” aparece como el *locus* que da cohesión a los años sesenta/setenta, que los vuelve una entidad singular, una época cuya identidad se diferencia del antes y el después por la percepción generalizada de estar viviendo un cambio tajante e inminente en todos los órdenes de la vida. “Como matriz explicativa y afectiva la revolución trascendía en realidad los límites de la política y de la estética”, señala Claudia Gilman.<sup>2</sup> La aspiración hacia un mundo nuevo se alimentaba justamente –como escribía entonces alguien tan leído como Régis Debray– del “lirismo prometeico de la acción revolucionaria”<sup>3</sup> de un hombre nuevo, capaz de ser artífice de su propio destino.

Los idearios revolucionarios de los sesenta/setenta abrevan en una cultura revolucionaria de larga data. Distintas tradiciones (libertarias, marxistas) se actualizaron y reformularon al confluir con nuevos paradigmas de pensamiento, inquietudes colectivas, experiencias históricas, que dieron lugar a la aparición de formaciones políticas y culturales que pueden englobarse bajo la denominación de “nueva izquierda”: variados movimientos, experiencias e ideas más o menos orgánicas que se separan o nacen por fuera de las viejas estructuras organizativas partidarias y las formas culturales de la izquierda tradicional.

Como señala Cristina Tortti, dentro y fuera de las organizaciones y grupos de la Nueva Izquierda argentina “crecían tendencias que planteaban sus demandas hablando el lenguaje de la ‘liberación nacional’, el ‘socialismo’ y la ‘revolución’, e involucraban no solo a la clase obrera sino también a importantes franjas de los sectores medios”, de lo que resulta un conglomerado de fuerzas políticas y sociales que produce un “intenso proceso de protesta social y agitación política por el cual la sociedad argentina pareció entrar en un proceso de contestación generalizada”.<sup>4</sup>

La “crisis del sistema de valores de ‘lo burgués’”<sup>5</sup> se manifiesta en la percepción de que el capitalismo ha entrado en una irreversible decadencia y tiene los días contados. Esta percepción arrastra consigo una profunda desconfianza hacia la democracia y el sistema político liberal y la revalorización del uso de la violencia como única opción legítima en la actividad política.

<sup>2</sup> GILMAN 2003: 174.

<sup>3</sup> DEBRAY 1964-1965: 158.

<sup>4</sup> TORTTI 1999: 207.

<sup>5</sup> TERÁN 1991.